

Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor C Cristo ha resucitado

Hay una palabra que hasta Cristo nadie había podido oír ni pronunciar nunca. Sólo el Nuevo Testamento la transmite recogiendo el testimonio de la predicación cristiana primitivísima: *Cristo ha resucitado*. Y ésta es la gran noticia del domingo de Pascua como mensaje de alegría que resuena por toda la tierra. Hace veinte siglos que sucedió, pero constituye una novedad permanente en la historia de la humanidad. Precisamente por ello la tradición primigenia del mensaje pascual, recogida por Pablo en 1Cor 15,3-4, transmite el acontecimiento de la resurrección de Cristo con la morfología del pretérito perfecto. De este modo el texto bíblico pone de relieve no sólo que se trata de un hecho ya ocurrido, sino de un acontecimiento ya acaecido cuya repercusión en el presente está vigente y se deja notar permanentemente. La resurrección no es ya sólo un hecho puntual del pasado sino más bien una realidad de consecuencias extraordinarias para la vida humana, pues, a partir de Cristo resucitado y vencedor de la muerte, la existencia humana se abre a una esperanza inédita. El horizonte al que podemos mirar los seres humanos va más allá de la muerte porque, igual que Jesús ha sido resucitado de la muerte, todos con él recibirán la vida en virtud de su Espíritu. La resurrección de Cristo es, por tanto, el comienzo de la nueva humanidad. Hoy es el primer día de la nueva creación.

Los evangelios transmiten dos datos diferentes acerca del Resucitado: el sepulcro abierto sin el cuerpo de Jesús y las apariciones del resucitado a las mujeres y a los discípulos. Los relatos evangélicos del sepulcro de Jesús, abierto y vacío, no son pruebas de la resurrección sino signos que ayudan a las mujeres, a los discípulos y a los creyentes de toda la historia, a entender ese mensaje de alegría y de esperanza: *Cristo ha resucitado*. Dios ha sellado la vida del crucificado con una victoria decisiva. Las señales corporales de Jesús, las marcas de su crucifixión en las manos y el costado muestran que el resucitado no es otro que el crucificado.

La narración lucana del sepulcro abierto y sin el cuerpo de Jesús (Lc 24,1-11) permite destacar varios elementos singulares del relato. Las mujeres encontraron removida la piedra ya había sido removida, con lo cual se indica, igual que en Marcos, que el acontecimiento de la resurrección es una obra divina. Las mujeres no encuentran el cuerpo del Señor Jesús. En la búsqueda de Jesús, que había sido crucificado y sepultado, las mujeres se encuentran la sorpresa de que no está donde lo buscaban, pero reciben un mensaje de dos hombres se presentan con ropa relampagueante como mensajeros de Dios. El mensaje que ellas reciben va precedido de una interpelación profunda convertida casi en un reproche: "¿Por qué buscan ustedes al viviente entre los muertos? No está aquí, sino que resucitó". Es una indicación genuina de Lucas. Parece que las discípulas, que habían perseverado hasta el final, más allá de la muerte de Cristo, y firmes en su amor inquebrantable al Señor, a pesar de su fidelidad no habían entendido quién era Jesús ni la vida que él transmitía. El resucitado marca una discontinuidad con la historia del común de los mortales, ya que la novedad de vida que él tiene y que comunica a los humanos ya no está sometida a la muerte y es eterna. Así se pone de relieve que el espíritu de amor y de entrega que vivió Jesús en su vida mortal, su mensaje de verdad y de justicia, de perdón y de paz no podía quedar retenido en la tumba de la muerte. Por eso Dios lo resucitó de entre los muertos y a través de él sigue generando y comunicando vida, alegría, paz y fraternidad entre los hombres.

Por eso la misión de las mujeres y de la Iglesia es recordar, haciendo memoria de lo escuchado en Galilea. Para encontrarse con el Resucitado no es necesario ni siquiera una aparición prodigiosa. Con recordar las palabras de Jesús basta. Al hacer memoria del plan de Dios sobre el Hijo del Hombre y de su entrega por amor en manos de los pecadores,

pero a favor de ellos, recordando su crucifixión como justo y la resurrección como culmen del proceso de la manifestación de Dios en Cristo, ya se siente la fuerza y la presencia del Resucitado, que impulsa a comunicar la noticia pascual, cambiando de rumbo la existencia. Finalmente las mujeres, protagonistas de la misión inicial y permanente de la Iglesia, lo cuentan a los demás, pero sólo les cree Pedro, que comprueba, admirado, lo sucedido.

La misión actual de la Iglesia consiste en avivar la fuerza de la Palabra de Jesús, cuyo recuerdo la actualiza y cuya proclamación la celebra como palabra regeneradora de una nueva humanidad, para vivir en el amor fraterno y en la gran alegría de que el amor de Dios ha triunfado sobre la injusticia, sobre el pecado y sobre la muerte en este mundo. Injertados en Cristo Jesús por el bautismo, los creyentes experimentamos que con él hemos dado muerte a todo pecado y podemos vivir en la permanente alegría de la gracia con la capacidad irrevocable de no pecar. Por eso en nosotros se ha generado una personalidad nueva para caminar en la novedad de vida en el Espíritu. También es misión primordial de la Iglesia recordar y anunciar la presencia del Espíritu en toda persona que haciendo el bien y estando cerca de los que sufren la miseria, la injusticia, la opresión y la violencia, dan testimonio de la fraternidad universal de la familia humana, encaminada irreversiblemente hacia el Padre por el crucificado y resucitado.

Desde Bolivia, con los niños y el personal de Oikía, nuestra casa de acogida a los niños de la calle ¡Feliz Pascua de Resurrección!

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura